

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Lázaro de Jesús González Álvarez

Revista Bohemia/Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

lazarojesus@tvc.icrt.cu

Eje 10: Ciudadanía. Democracia. Representación.

Participación estudiantil universitaria en Cuba: los retos de la democracia en un Estado socialista.

La participación de los sujetos en su entorno siempre ha sido un fenómeno polémico en los estudios sociales. Por un lado, encontramos a quienes no les conviene que llegue a ser efectiva y empoderadora; por otro, pugnan los interesados en que las personas concienticen su capacidad y necesidad de incidir activamente sobre la realidad.

Para las investigaciones actuales cercanas a la posición emancipadora, un sector de especial preocupación, por el aumento creciente de su apatía participativa, es la juventud. Específicamente los estudiantes universitarios -salvo honradas excepciones-, constituyen un foco de atención mundial, debido a su marcada tendencia al escepticismo y la desidia por la acción transformadora.

En el contexto docente universitario de la Cuba de hoy, muchos perciben cierto letargo de las iniciativas y la creatividad entre la masa estudiantil, así como una apropiación mimética de la herencia burocratizante del socialismo de estado por parte de la dirigencia estudiantil. En esencia: un notable distanciamiento de los estudiantes con respecto a la toma de decisiones, vinculado a una centralización notable de casi todas las actividades por parte de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU).

La concepción que sobre la participación poseen los estudiantes suele redundar en el cumplimiento de las tareas convocadas desde «arriba» y la mera canalización de opiniones. Sin embargo, participar es un proceso complejo, que puede ir desde niveles básicos como la información y consulta, hasta la ejecución, el control y la toma de decisiones; cuotas supremas de ejercicio, vigilancia y ratificación del poder.

Viaje a la semilla

En varios de los estudios sociales contemporáneos se aborda la participación envuelta en una nube retórica, con visos «babélicos». La ambigüedad e imprecisión ha convertido al término casi en un mítico hoyo negro, carente de una clara significación teórica; lo cual entorpece cualquier acercamiento comprensivo del fenómeno y prepara un terreno fértil para discursos oportunistas.

Notamos también en la bibliografía revisada una preocupación ontológica e idílica por esta categoría política y, a contrapelo, poco interés crítico por los aspectos que conspiran en su contra, como pueden ser: su alto consumo de tiempo, dificultades en la organización para la

toma e implementación de decisiones colectivas, atomización de los recursos, alienación de los gobiernos y conflictos entre culturas tradicionales y alternativas.

La participación, como proceso de democratización, trasciende la mera referencia al sistema político para encarar un proceso de reubicación del poder en la sociedad civil. Toda participación, aunque su consigna fundamental sea contraria, contrae un sentido político y un vínculo con el poder, categoría convertida a la vez en causa y fin de su existencia.

Ahora, la participación no es homogénea, se manifiesta en múltiples ámbitos, posee un carácter multidimensional, no sólo por subdividirse en fases relacionadas con el grado de acceso a las decisiones, sino por su capacidad de expresarse en esferas que van desde la economía y la política hasta la cultura. Además, porque se concreta en marcos específicos de organización social (formalizados y no regulados), tales como el jurídico, institucional, laboral y el familiar; los cuales, en su conjunción, delimitan el sentido, la intensidad, periodicidad, los niveles y objetivos de la participación.

Responde a una cultura de la participación constantemente reconstruida (activada en determinadas situaciones), y a un complejo «motivacional» íntimamente vinculado a un sistema de necesidades más o menos concientizadas.

Como componente central de la democracia, la participación es efectiva cuando transfiere cuotas amplias de autoridad a los sectores populares para que rompan conscientemente *“la relación asimétrica de sumisión y dependencia integrada en el binomio sujeto-objeto”*¹.

*“Es por eso que el objeto de la democracia participativa consiste en eliminar los filtros que se desprenden de la delegación del poder a una elite de gobernantes y potenciar la participación directa de los ciudadanos en la toma de decisiones políticas”*².

Claro, una modificación de las relaciones de poder conlleva reacciones de resistencia por parte de las elites dominantes, que «reacomodan» las esencias del proceso a sus intereses hegemónicos. *“Los procesos participativos no pueden estar ajenos a las contradicciones, de las que emergen y las que a su vez provocan”*³.

La rueda dentada

¹ Fals Borda en D'Angelo, 2003: 59.

² Nápoles, 2007: 14.

³ Rebellato en López [comp.], 2003: 175.

La participación comienza por la toma de conciencia del rol activo que debemos asumir como agentes transformadores. Le siguen la autoorganización (espontánea o bajo asesoramiento), el análisis crítico y la definición de las necesidades y problemas.

En una segunda fase, ocurre el intercambio de opiniones, la articulación de los objetivos y se perfilan acciones en base a la disponibilidad de recursos. La ejecución es el colofón, marcado por continuas evaluaciones y controles de la gestión concreta. Por eso, estar presente e intervenir son requisitos medulares para la participación, aunque esta sea más que asistir o discutir.

Este *continuum* implica “*tomar decisiones y no simplemente ser ejecutor de algo, es ser sujeto en todo un proceso*”⁴. La hora de determinar los sentidos del acto participativo, “*no sólo como beneficiarios sino también como formuladores de estas decisiones*”⁵, es el eje inalienable de la participación y, en efecto, el más soslayado por las propuestas pseudoparticipativas de corte asistencialista, burocrático y elitista.

A contrariori de quienes enarbolan la participación como un medio, muchos apuntan las ventajas de la participación significativa como autoreferente del involucramiento auténtico de los ciudadanos; pues, al decidir y controlar sus recursos, permite su autonomía.

No obstante, aunque la participación tiene fuerza propia suficiente para autoproclamarse como un supraobjetivo y servir de base empírica para participar en nuevos empeños, el proceso no tiene por qué estar divorciado de los resultados y de su análisis.

Una solución democrática al conflicto Sociedad Civil - Estado

Algunos piensan que la participación pudiera representar una salida adecuada, en un nuevo nivel cualitativo, para los conflictos de intereses entre dominantes y oprimidos: una definitiva «reconciliación» entre sociedad civil y Estado.

Para el filósofo alemán Karl Marx, el Estado está orgánicamente vinculado con las ambiciones de la clase propietaria de los medios de producción, y es una forma fetichizada de las relaciones sociales capitalistas, que encuentran en este una instancia protectora del orden establecido.

⁴ Kisnerman N. et al en D'Angelo, 2003: 58.

⁵ Domínguez y Lutjens en Pérez García (comp.), 2004: 235.

La filosofía marxista emprende claramente una radicalización democrática del pensamiento liberal cuando devela que la existencia del Estado enajena políticamente a la sociedad civil de tal manera que, esta sólo logrará su emancipación con la extinción de aquel.

El comunista italiano Antonio Gramsci encarna una de las visiones más creativas en torno a esta noción, pues interpreta los asuntos políticos desde la dimensión cultural. Con su teoría de la hegemonía comprende los procesos de dominación burguesa no sólo a través de la coacción, sino del convencimiento. Supera así la teoría marxista sobre el Estado, al añadir a la función administrativa de coerción, la de producción de liderazgo intelectual y consenso. La reproducción y legitimación del poder se explica a través de su dominio también de las organizaciones sociales creadoras de sentido -culturales, educativas, religiosas-, donde se difunde la ideología y se articula el consenso.

Esta percepción sobre la sociedad civil como el terreno desde donde se radian las representaciones ideológicas hegemónicas, conduce al comunista italiano a quebrantar la dicotomía liberal entre aquella y el Estado, equilibrándolos en un constructo de relaciones orgánicas, más allá de las instituciones jurídicas.

“(...) pudiera decirse que Estado = sociedad política + sociedad civil; o sea hegemonía acorazada con coacción”⁶, resumiría magistralmente el propio Gramsci.

Gramsci concibió la sociedad civil no sólo como el útero que gesta la dominación hegemónica, sino el escenario legítimo de confrontación de aspiraciones, objetivos, creencias, identidades, y proyectos; desde donde, al mismo tiempo y con similares estrategias, se arma la resistencia⁷. Su pensamiento nos legó el deber de fraguar una nueva hegemonía pluralista, sustentada por (y creadora de) nuevos sujetos democráticos y nuevas formas de ejercicio de la política.

Junto a la equidad, la participación es uno de los pilares medulares de cualquier concepción de desarrollo que pretenda ser endógeno y autodirigido. El despliegue de las fuerzas internas

⁶ Gramsci en Acanda, 2002: 254.

⁷ En ese sentido Rafael Hernández advierte que la sociedad civil, precisamente por su imbricación con la esfera política, no es de ningún modo «*el reino de la libertad individual*»; sino más bien, el campo de la desigualdad social, donde pugnan las más disímiles expresiones ideológicas que retan al poder estatal, por lo cual “*es interés y responsabilidad del Estado la búsqueda de nuevas fuentes de legitimación y áreas de consenso en la sociedad civil*” (Hernández, 1994: 30).

debe sostenerse en la democracia cultural y la participación social, como expresión de una verdadera cultura de la ciudadanía participativa⁸.

Pero la participación activa de los propios actores sociales en la construcción de su vida individual y colectiva no se alcanza por el efecto de un sombrero mágico, es un proceso que implica un autoaprendizaje y un crecimiento en la producción de saberes, que *“requiere necesariamente un cambio cualitativo en todos nosotros”*⁹; pero que es, sobre todo, un ejercicio de democracia que brinda la oportunidad de hacer realidad derechos hasta ahora formales.

Alain Touraine, por otro lado, asegura que la democracia no puede concebirse como la subordinación de la vida privada de los ciudadanos a la voluntad pública; ni tampoco, por el contrario, como la limitación de la cosa pública a la continua protección de la libertad personal. El quid de la cuestión radica en combinar la unidad de la ley y la técnica con la diversidad cultural y la libertad del individuo¹⁰.

¿Participación ciudadana vs. gobernabilidad?

Justamente, sobre esta discrepancia entre el «espíritu de determinación» y el «espíritu de libertad» se asienta una supuesta contradicción mayor: el conflicto aparente entre participación ciudadana y gobernabilidad.

La utilización reciente del término gobernabilidad encuentra su origen vinculado a su inclusión como problema debatido por la Comisión Trilateral¹¹ durante la década del 70.

Uno de los resultados de aquellas discusiones fue el de homologar los términos ingobernabilidad y democracia, basándose en la teoría de que *“un exceso de democracia significaría un déficit de gobernabilidad; una gobernabilidad fácil sugiere una democracia deficiente”*¹². Desde esta visión, el único protagonista capaz de crear condiciones de gobernabilidad es la elite gobernante, a partir de una determinada ingeniería social y de modificaciones en el nivel legislativo de los sistemas políticos.

⁸ González Mastrapa y De Cambra Bassol en Linares *et al* (comp.), 2004: 68.

⁹ Rebellato en López (comp.), 2003: 176.

¹⁰ Touraine, 2001: 175.

¹¹ La Comisión Trilateral es una organización internacional privada fundada en 1973, aglutina a políticos, intelectuales y personalidades destacadas de las finanzas y los negocios de las tres zonas principales de la economía capitalista: Norteamérica, Europa y Asia-Pacífico. Cada una de estas regiones dispone de un Comité Ejecutivo que elabora las decisiones económicas para su área de influencia.

¹² Rojas Bolaños, 2006: 4.

Este aparato burocrático de gobierno tiene que satisfacer eficazmente las demandas de la sociedad, dentro de sus condiciones económicas concretas; de lo contrario, generaría un clima de desconfianza hacia el poder político, por parte de la ciudadanía que, obligatoriamente, redundaría en problemas para la gobernabilidad.

Sin embargo, para otros, la reflexión sobre la gobernabilidad se enrumba en el sentido inverso: la existencia de consenso ante el accionar del sistema político imperante está condicionada, entre otros factores, por la capacidad de los gobiernos para mantener la estabilidad, lo cual solo es posible si existen elevados niveles de participación popular.

Esta estrategia se apoya en una mixtura entre los mecanismos de democracia directa, semi-directa y representativa. Teniendo siempre en primer plano la entrega a la población de cuotas de poder real de decisión para proponer, planificar, ejecutar y controlar las acciones del Estado, impidiendo así la privatización del ámbito público y su funcionamiento bajo prácticas clientelistas, paternalistas, populistas o autoritarias.

Descentralización: del dicho al hecho... un gran trecho

Una verdadera participación ciudadana protagónica, continuada y efectiva, necesita del manejo de recursos y la potestad decisoria suficiente sobre las cuestiones fundamentales que median la calidad y eficacia de la participación. La acción participativa, en su más profunda esencia democrática y pluralista, exige una socialización justa del poder, entendida como devolución de la gestión autónoma, usurpada a título de los más disímiles fetiches.

Las maquinarias políticas contemporáneas, y su correspondiente parafernalia teórico-metodológica, se han dado a la tarea de disfrazar con tintes de complejidad y supraconocimientos, las prácticas administrativas y de gobierno, con el ánimo de mantener a las masas alejadas de los mecanismos de toma de decisiones.

A esta cosmovisión política centralizadora, defensora de la idea de que una sociedad debe regir sus destinos por un principio o ley suprema únicos, se le ha llamado monismo¹³, y su existencia descansa en la supresión de cualquier alternativa subversiva del orden hegemónico.

Por el contrario, el discurso descentralizador promueve un enraizamiento en las culturas, ideologías y prácticas sociales del paradigma realmente pluralista, como condición *sine qua non* para la acción ciudadana. El pluralismo dice No a la discriminación política y Sí al

¹³ Chaguaceda, 2007: 119.

reconocimiento, respeto, inclusión y cultivo de la diversidad de pensamiento, como expresión unívoca de la heterogeneidad humana.

Un contexto favorable a la entrega equitativa de cuotas mayores de poder a las asociaciones y gobiernos locales, supone la existencia objetiva de una filosofía autogestionaria, un andamiaje de espacios de producción política, una responsabilidad cívica, comunicación horizontal, la accesibilidad igualitaria a la información y su circulación en todos los sentidos, en detrimento de los monopolios mediáticos (estatales o privados) que manipulan las fuerzas sociales¹⁴.

Universidad y Revolución: un preciado legado

Como en muchas otras revoluciones, en la nuestra la Universidad constituyó un crisol medular, no solo de ideas novedosas, radicales y de vanguardia, también de brazos, ímpetu y lucha estratégica. En tiempos de insurrección -década del 50- la Universidad de La Habana (UH) llegó a convertirse en el centro de coordinación de todas las acciones sediciosas, volcando hacia la praxis y concepción revolucionarias, una enjundiosa cultura del disenso y cuestionamiento de los órdenes establecidos.

Ya desde la década del 20 el auge de la participación estudiantil constituye el rasgo fundamental que caracteriza a la universidad habanera. Los constantes enfrentamientos del estudiantado con el claustro y los gobiernos de turno son su más genuina expresión práctica.

De las luchas universitarias internas y el descontento de los estudiantes, nace la Federación de Estudiantes de la UH el 20 de diciembre de 1922. Sus líderes la concebían como un instrumento para materializar las exigencias estudiantiles, entre cuyas banderas figuraba la total autonomía de la universidad y la participación del estudiantado en el gobierno universitario, mediante representación legal en el Claustro Universitario.

Huelgas y manifestaciones pacíficas fueron prácticas participativas, tanto de educandos como profesores, que lograron arrancarle al presidente de la República, Alfredo Zayas, un decreto en el cual reconoce a las instancias universitarias encargadas de concretar el proceso de reformas: la FEU, la Asamblea Universitaria y la Comisión Mixta.

La primera medida del Directorio Estudiantil Universitario, creado en marzo de 1930, fue decretar la suspensión de las clases, como protesta contra la prórroga de poderes en el

¹⁴ Dilla *et al*, 1993: 143.

gobierno de la Universidad y la reelección del presidente Gerardo Machado. Este hecho marca una nueva etapa en la pugna estudiantil: las acciones revolucionarias se vuelcan a la sociedad, otorgándole a su lucha un carácter político nacional.

En agosto de 1933 la resistencia estudiantil desempeña un rol activo en la caída de Machado, y aprovecha la elección del profesor de Medicina Ramón Grau San Martín como presidente de la República, para ver aprobado, por decreto presidencial, su más anhelado sueño: la autonomía universitaria, motivo de lucha durante casi 15 años.

Sin embargo, como era de esperar, la autonomía no logra concretarse hasta la Constitución de 1940 que, en su artículo 53, reconoce jurídicamente este derecho. El éxito obtenido resultó significativo; pero, como pasó antes, los postulados abstractos no encontraron casi nunca vía de instrumentación en la práctica.

Atenta a su sólida tradición combativa, ante el golpe de estado del general Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952, la UH no sólo vuelca todas sus energías en repudiar el hecho¹⁵, sino que se convierte en el epicentro de la resistencia clandestina, entregándose en pleno a la recuperación de las garantías constitucionales perdidas.

La participación política de los universitarios por esta época cobra ribetes asombrosos y sufre una radicalización sin precedentes. El enfrentamiento contra las fuerzas represivas de la dictadura se torna cotidiano y masivo. Las protestas y manifestaciones llueven, cada vez con mayor fricción. Prácticamente en puesto de mando insurreccional deviene la bicentenario Universidad. Buena parte de la acción clandestina se gesta en sus predios y la vanguardia revolucionaria encuentra en los estudiantes un bastión importante de lucha.

Durante los primeros años de la época de paz y conciliación nacional, la casa de altos estudios capitalina continuó protagonizando el movimiento de reformas y transformaciones que refundaron estructuras, formas organizativas y agencias socializadoras en la nueva nación.

Además, la FEU se involucra e incide en la creación de espacios de encuentros y debates, a nivel regional y mundial, y pone en la agenda los temas del desarme, la paz, la solidaridad estudiantil, la enseñanza y la defensa de los derechos de los educandos.

Desde 1976, los estudios dentro de la institución han estado marcados por un profundo carácter social y una estrecha vinculación teórico-práctica con programas de transformación e

¹⁵ También lo hicieron la Universidad de Oriente y la Marta Abreu de Las Villas, acto seguido a su fundación el 30 de noviembre del propio año.

incidencia de espacios sociales específicos, así como por una producción reflexiva crítica sobre distintas problemáticas de su entorno inmediato, a veces promotora de cambios en las políticas y estrategias nacionales de conducción de la cosa pública.

Toda esta actividad transformadora de la sociedad, de esencia profundamente revolucionaria manifiesta la expresión fáctica de una de las Disposiciones Generales de los Estatutos de la FEU que norma el trabajo de la organización, específicamente la del Artículo 1, inciso c):

“Reafirmar la vocación social de los universitarios a través de la actividad comunitaria, el cumplimiento de tareas de impacto social y la participación desde el estudio u otras tareas en la solución de problemas de la sociedad”¹⁶.

Si bien, otros criterios relacionados con este aspecto demandan un mayor protagonismo de la UH en su universo circundante.

La FEU y la UH hoy: el laberinto de los senderos que se bifurcan

Por mucho, la octogenaria FEU es la organización de masas más antigua de Cuba. Mucha sangre de estudiantes cobró la soberanía nacional, a cuya fragua contribuyeron protagónicamente las ideas antiimperialistas de los jóvenes universitarios, seguidores fieles de los preceptos martianos en un principio, y marxistas-leninistas luego.

La FEU asume como *“misión primera la defensa y la construcción de la Revolución Socialista”¹⁷*. Y a tal efecto, *“en correspondencia con sus principios, sus tradiciones y su historia”*, si bien es *“una organización orgánicamente independiente»*, *«su organización de vanguardia es la Unión de Jóvenes Comunistas, cuya conducción política reconoce abierta y conscientemente para la consecución de sus objetivos”¹⁸*.

Hoy en la UH, seno legítimo de su génesis, la FEU está compuesta por más de 200 brigadas y continúa encargándose de un grupo amplio de actividades de la vida estudiantil y otras movilizaciones hacia tareas de orden político, cultural, recreativo.

Sin embargo, en la consideración de algunos entrevistados, como el Doctor Delio Carreras Cuevas, Profesor Titular e Historiador de la Universidad, *“la participación estudiantil en los*

¹⁶ Estatutos de la FEU, 2007: 5.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*.

asuntos internos de la Universidad de La Habana ha ido siempre por detrás de la participación social”¹⁹.

Hacia la restauración del rol protagónico de la Universidad dentro del complejo escenario social criollo, apunta el comunicador social y ex presidente de la FEU de la Facultad de Comunicación, Dagoberto García Iglesias, cuando reflexiona sobre las transformaciones urgentes que necesita la bicentenaria casa de altos estudios: *“Sinceramente, yo le daría un papel más activo en la sociedad a la Universidad de la Habana y especialmente a su estudiantado. Para nadie es un secreto que la UH ha perdido un gran protagonismo en la sociedad. Y todo el mundo conoce la frase que reza: ‘Cuando la Universidad estornuda, el país tiene catarro’. Entonces, hay que restituírle ese protagonismo. Ahora, ¿cómo lo vamos a hacer? Ahí es donde se enreda la madeja.”²⁰*

Por su parte, Fernando Rojas López, vicepresidente de la FEU a nivel nacional hasta hace dos años, está consciente de que las necesarias transformaciones universitarias es *“un cambio muy importante que supera a la Universidad y tiene que ver con todo el país”*. En su parecer, *“nosotros los cubanos tenemos un problema en los últimos años: somos los tipos más críticos de la verticalidad, sin embargo, somos también los que más asumimos la verticalidad como factor de cambio.”²¹*

Luis Ramiro Piñeiro, Decano de la Facultad de Matemática y Computación, reconoce: *“La Universidad está en estos momentos en una situación muy crítica, en cuanto a la posibilidad real de resolver los problemas cotidianos. Se están haciendo grandes inversiones para mejorar la estructura, pero los recursos se concentran ahí y no hay respuestas para otras cosas. Son muy difíciles las condiciones de trabajo. Además de las trabas burocráticas, la Universidad tiene un problema, que todo el mundo lo sabe, pero no se acaba de resolver: todo está muy centralizado y la Universidad es muy grande y dispersa».²²*

La repercusión de esta delicada situación económica-organizativa en la participación estudiantil no es desdeñable. La insatisfacción de muchas de las demandas materiales de los muchachos, según piensan los dirigentes estudiantiles, redundan en una serie de acontecimientos que atentan contra su involucramiento activo en la vida universitaria.

¹⁹ En entrevista inédita concedida a este autor.

²⁰ En entrevista concedida a este autor.

²¹ En entrevista concedida a este autor.

²² En entrevista concedida a este autor.

Comienza por el descrédito de las propias organizaciones, pasa por la desmotivación y concluye con la apatía o participación formal de los estudiantes.

La hasta hace muy poco presidenta nacional de la FEU, Gladis Gutiérrez Bugallo, declara que *“en la medida en que pasan los años la gente se va volviendo más apática en cuanto a la participación en actividades serias. Los estudiantes de la UH están más encerrados en sus problemas y no valoran tanto el tema del disfrute de la vida universitaria. Creo que es algo muy extendido en la sociedad y los universitarios no escapan a eso”*²³.

Por su parte, Daniel García Rivera, ex secretario general del Comité de la Unión de Jóvenes Comunistas en la UH reflexiona: *«A veces los estudiantes de esta Universidad creen que la FEU es sólo fiestas. Yo diría que más de la mitad no la ve como un arma política, de movilización y representación de los estudiantes, como fue siempre, desde que se fundó. Hoy se ha perdido la capacidad de la FEU de movilizar.*

«Yo soy de un barrio barroco...»

Ahora bien, ¿cuál es la visión como sujetos sociales que tienen los estudiantes de la UH: sus modos de asumirse, sus expectativas, la forma de apropiarse del contexto, y las posiciones que toman frente a la institución, la FEU y la vida universitaria?

Dentro de esta cosmovisión como individuos resalta sobre manera en las entrevistas en profundidad aplicadas, la casi absoluta coincidencia en cuanto a la confianza de un desarrollo profesional en el área de sus estudios universitarios. Podemos entrever que la causa del poco involucramiento no está relacionada con una escasa estima a su formación profesional. Los estudiantes manifiestan una potencial consagración a su perfil de trabajo, atribuyéndole gran importancia a su carrera y, por tanto, a su tránsito por la Universidad.

Cambio es la palabra de orden cuando los entrevistados aluden a sus expectativas sobre el socialismo en nuestro país. Existe entre los sujetos de la muestra un consenso casi total en relación con la necesidad de realizar transformaciones dentro de nuestro propio sistema social, encaminados a rectificar errores y tendencias negativas, erradicar problemas y deficiencias estructurales, y no referidos a la adopción de un modelo capitalista.

Ahora bien, este fuerte sentido de pertenencia hacia nuestro modelo socio-económico, parece no tener una correspondencia de igual magnitud en cuanto a la identificación con la UH, la

²³ En entrevista concedida a este autor.

FEU y la vida universitaria; en tanto, la generalidad de las opiniones sobre la participación en la institución gira en torno a evaluaciones negativas.

Una de las causas más atribuidas a este fenómeno es la desintegración entre facultades. *“Lo que pasa es, en mi parecer, que trabajamos como Universidad en el discurso. Pero, al final, cada uno está en su parcela y no hay tal integración en verdad”*. Así piensa Ivette García Callava, Secretaria General del Comité Primario de los jóvenes comunistas en la Facultad de Economía²⁴, quien afirma que una mayor unión *“haría que los estudiantes se relacionen e impliquen más, y aumenten su participación”*.

Luego aparece frecuentemente en las explicaciones recogidas al respecto el tema de la desinformación, la falta de atractivo de las actividades y la divulgación, el desinterés de los estudiantes, la carga docente, la pérdida de confianza en la institución y la FEU, por su limitada capacidad para dar soluciones o respuestas a las demandas y necesidades de los estudiantes.

Otra de las posiciones más asumidas por los estudiantes a la hora de describir su relación con la FEU, redundante en la inconformidad con el trabajo de los líderes de la organización, pues arremeten francamente contra su alejamiento de las bases que los eligieron.

Por otra parte, a contrapelo de las múltiples críticas que los actores de nuestra Universidad lanzan contra la extrema centralización estatal de los recursos, la autonomía universitaria ha dejado de ser aquella tersa bandera a cuya causa se abrazaron firmemente, en diferentes etapas de la historia, centenares de hombre y mujeres.

En donde sí confluyen la abrumadora mayoría de quienes articulan una defensa de posiciones autónomas dentro de la Universidad, es en la necesidad de otorgarle a la FEU mayor independencia y fortaleza política a la hora de tomar decisiones y representar los intereses de los estudiantes.

Para los máximos dirigentes de la FEU a nivel nacional, el quid del cabal cumplimiento de la tan llevada y traída independencia orgánica de la organización, estriba en la funcionalidad de los espacios y el aprovechamiento que de ellos hagan los responsables de explotarlos, fundamentalmente de los Consejos de Dirección²⁵ de las facultades y de la Universidad.

²⁴ En entrevista concedida a este autor.

²⁵ *“El Presidente de la FEU a cada nivel es miembro del Consejo de Dirección Institucional que dirige la vida universitaria en el centro o territorio”*, Artículo 5 de los Estatutos de la FEU, 2007.

De igual modo Armando Chaguaceda Noriega, politólogo especialista en el tema, asegura que *“la FEU asiste a los Consejos de Dirección de las facultades, pero el nivel de participación real y de incidencia de los estudiantes dependerá de la beligerancia de la FEU, y de la capacidad de negociación y anuencia de la acción colectiva que tenga un decano”*²⁶.

La participación, el bosque y el hombre nuevo

En efecto, copar los espacios de participación, hacerlos rendir sus frutos para los estudiantes y exhibir una postura enérgica en la negociación con los intereses institucionales, son claves primarias de una *cultura participativa*, imprescindible en la pretensión de posicionar la voluntad estudiantil a la altura del concepto de autonomía. Entendida como el derecho y la capacidad de estructurar sus procesos participativos, a partir de normas o principios propios, y la posibilidad efectiva de mantener una relativa independencia práctica e identitaria ante los intentos de subordinación de otras organizaciones políticas o institucionales afines.

En opinión de María Isabel Domínguez García, directora del capitalino Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, patentizar una cultura participativa implica *“tener clara conciencia de cuáles son sus deberes y sus derechos y actuar en correspondencia con ellos. Significa ocupar los espacios de participación disponibles, dejar sentir su voz y voto, estar dispuestos a colaborar en esos procesos desde su incorporación activa, porque la participación no es sólo exigirle al otro que rinda cuentas, sino también contribuir a que esa gestión funcione”*²⁷.

Resulta interesante mencionar, como matiz de fondo de esta cuestión, un detalle alarmante: salvo contados casos, la abrumadora mayoría de los estudiantes entrevistados manifiesta no tener ninguna participación en otros espacios fuera de la Universidad; lo cual se traduce para ellos en una mayor relevancia del escenario universitario como espacio cardinal de desarrollo de su potencial participativo, de enriquecimiento de sus culturas y prácticas participativas, así como de producción reflexiva y teórica al respecto.

Resalta en nuestros jóvenes universitarios un profundo arraigo de la crítica, expresión insoslayable de la formación revolucionaria promovida en los últimos 50 años, de la inconformidad y el ansia renovadora característica de este segmento etario, así como del constante acercamiento a lo más avanzado del pensamiento mundial.

²⁶ En entrevista concedida a este autor.

²⁷ María Isabel Domínguez García en entrevista concedida a este autor.

Su sólido sistema de valores no lo pone en duda nadie ante las descarnadas denuncias lanzadas por los estudiantes, y en general por todos los actores universitarios, de los problemas que perciben y padecen cada día. Al parecer, donde se tambalea esta plataforma de valores es en el punto de la responsabilidad estudiantil, entendida como su compromiso con el enfrentamiento de las dificultades y la «autoasunción» como sujetos de cambios, protagonistas de las transformaciones que proponen.

Sucede, y es realmente preocupante, que en el pensamiento estudiantil de la UH los futuros científicos, investigadores e intelectuales no se conciben como demandantes, promotores, actores y controladores de los urgentes cambios que ellos mismos plantean para su centro de estudios. Escudarse en la responsabilidad de terceros suele ser una excusa socorrida para desentenderse de los problemas, no ponerle empeño a las soluciones y cultivar con pasmosa conciencia un rosario de actitudes pasivas, viciosas y narcóticas, enemigas acérrimas de la participación.

Son los menos quienes hablan de unir más a los estudiantes en función de fortalecer su incidencia en las agendas públicas, explotar adecuadamente las vías actuales de participación para obtener mejores resultados o, inclusive, hasta de crear una nueva organización estudiantil más selectiva que se convierta en la vanguardia estudiantil.

Empero, existe bastante consenso a la hora de expresar su voluntad de participar más, de involucrarse activamente en procesos de tomas de decisiones y de transformación universitaria; pero muchas veces esa voluntad está condicionada por ciertos requisitos, entre los que sobresalen la disponibilidad de tiempo y la garantía *a priori* de un saldo positivo para involucrarse, la seguridad de que el ejercicio participativo sirve de algo.

Al interrogársele, los estudiantes demuestran tener un conocimiento de las vías fundamentales para hacer sentir su voz y refieren emplear esas estructuras participativas, o al menos, que sus compañeros las emplean con frecuencia. Pero, por lo general, casi todos confiesan preferir los mecanismos directos y la gestión personal, algo completamente consonante con las denuncias de burocratismo.

¿Y si los estudiantes incluidos en esta muestra tienen la voluntad de participar y saben participar, por qué la mayoría no se concibe como promotores de las transformaciones propuestas por ellos mismos y evalúan de mala la participación estudiantil? La respuesta podríamos encontrarla en el modo en que los estudiantes de la UH asumen la participación.

En los tres casos: la evaluación de la participación de terceros, la autovaloración y la definición del término, las ideas en torno a esta categoría rondan la nociones de *asistir, estar presente, dar apoyo, ir, colaborar* y toda una gama de expresiones relativas a concepciones puramente movilizativas y de consumo, alejadas de los niveles más altos de participación.

Se confirma así, entre revelaciones, el talón de Aquiles de la cultura participativa de estos estudiantes: la falta de conciencia de que pueden y deben incidir en sus destinos, como condición indispensable para concretar una participación plena y provechosa. Esta laguna guarda cercana relación con el otro punto débil señalado anteriormente: la endeble responsabilidad estudiantil.

Como algunos de sus líderes avizoran: los alumnos tienen la capacidad, la disposición, los conocimientos y las estructuras creadas, pero falta una optimización de la funcionalidad de los espacios, de la comprensión de los derechos y de la gestión de los líderes.

De ahí que, pese a estar estipulado en el Artículo 19 de los Estatutos de la FEU que es un derecho “*canalizar a través de los dirigentes estudiantiles las respuestas a sus inquietudes, la defensa de sus intereses y la evaluación de sus iniciativas*”, nuestros entrevistados no comprendan cómo lograr una aplicación fáctica de sus proyectos de cambios y se conformen, sin muchos cuestionamientos, con la permanente insatisfacción de sus preocupaciones y problemas.

Del mismo modo, apreciamos como una de sus más socorridas demandas el acercamiento entre los líderes y la masa de estudiantes. Existe absoluto consenso en cuanto a la carencia de prácticas formales de evaluación del trabajo de los directivos institucionales y estudiantiles, factor que entra en franca contradicción con otra de sus potestades: la de “*exigir que los dirigentes estudiantiles rindan cuenta de sus funciones en la dirección de la Organización*”²⁸.

El terreno dice la última palabra

Si la brigada es “el espacio habitual de discusión, análisis y toma de decisiones sobre los principales temas que interesan al grupo, así como de los de interés de la sede, la facultad, filial, municipio o centro, provincia o de todo el país”²⁹, debe realizarse mensualmente y puede convocarse de manera extraordinaria por solicitud de sus miembros..., ¿por qué los

²⁸ Artículo 23 de los Estatutos de la FEU, 2007.

²⁹ Apartado Estructura y funcionamiento en Reglamento de la FEU, 2007.

estudiantes se muestran escépticos para referirse a ella, y a los demás espacios, como estructuras de participación y de involucramiento en la solución de los problemas?

Precisamente, si a menudo las reuniones de brigada ni siquiera se hacen o no se les presta la seriedad suficiente, ¿cómo van a cumplir aquella función “ideal” concebida en el Reglamento de la FEU? A todas luces, hay deficiencias en el funcionamiento de los espacios locales de participación estudiantil.

Eso sucede también con otros espacios importantes como el Consejo de la FEU de las facultades, con una frecuencia mensual, según el Reglamento, y donde deben participar todos los presidentes de brigadas, en representación de los estudiantes de su grupo.

Aunque la labor de la organización *“tampoco tiene que ser algo superformal, porque la FEU no es para alimentar el formalismo, sino para operar; sí hay aspectos que pensar, conciliar, meditar. Y muchas veces se hacen al vuelo, muy rápido. Ese no es realmente un proceso de implicación, de participación, donde uno pueda ser portavoz de lo que cree. Ni siquiera te dan tiempo de consultarle a la gente. Las decisiones se van tomando sobre la marcha”*³⁰, confiesa una presidenta de brigada de la Facultad de Comunicación.

Y tan sobre la marcha se toman que, en el momento de considerar si participan en la toma de decisiones de cuestiones vitales de las dinámicas universitarias, las respuestas negativas de los estudiantes son unánimes y categóricas

Adalberto Hernández, ex presidente nacional de la FEU, es del criterio de que *“debemos pensar cómo hacemos de la FEU una organización más participativa. Se sabe que la FEU tiene un papel protagónico en las universidades, que no se pueden tomar decisiones sin la FEU; pero, a veces, el estudiante común no se siente participe de las decisiones. Le corresponde a la FEU crear sus espacios, sus mecanismos de interacción, de comunicación, de toma de decisiones, aprovechando las estructuras creadas y dándole una nueva dinámica, para que puedan insertarse los estudiantes y sean verdaderamente participativos”*³¹.

Habría que ver cómo se motiva más a los estudiantes porque, como todo proceso social de fuerte unidad interna y una inevitable naturaleza holística, la participación estudiantil al resentirse por algunos de sus engranajes -como hemos expuesto aquí- provoca una

³⁰ Estudiante de 4to Año de Comunicación Social.

³¹ *Op. cit.*

intercontaminación entre varias de sus dimensiones, estableciendo peligrosos rejuegos pseudoparticipativos y antisistémicos.

De este modo, resulta preocupante que la mayoría de los entrevistados afirma participar, generalmente, por razones interpersonales, identificación grupal o lazos de compromiso con el colectivo formal o informal al cual pertenecen. O sea, por la *satisfacción socio-afectiva*³², que facilita el reconocimiento social, refuerza el sentimiento de pertenencia a un colectivo.

Esta característica, según los propios estudiantes, parece no estar acompañada de los otros dos tipos de motivaciones fundamentales: el *interés subjetivo o ideológico* y la *percepción de rentabilidad*³³, tan caros al cumplimiento fáctico de uno de los más importantes deberes preconizados en los Estatutos de la FEU: "*Participar consciente y activamente, como miembro de la brigada, en las actividades convocadas por la Organización*"³⁴.

Podemos escuchar con sumo interés, entonces, cómo son muy pocos los estudiantes que afirman participar por convicción, sentido de pertenencia a la Universidad o identificación con el ambiente universitario. Y más quienes confiesan involucrarse por seguirle la corriente al grupo, por la comunicación con las personas, para sentirse valorado u obtener prestigio social.

Pero, en realidad, incrementar la motivación de los estudiantes en todos sus sentidos puede resultar una tarea fácil. La semilla de la credibilidad en las dinámicas participativas universitarias late con fuerza en la base de su complejo motivacional. Así lo demuestran cuando aluden, como potenciales estímulos para lograr una mayor participación, principalmente a la comunicación y a los premios morales y espirituales.

Por supuesto, como buenos marxistas- leninistas, los ensartan en una relación armónica con los incentivos materiales y enfatizan la necesidad de mostrar previamente la factibilidad de su involucramiento, la cercanía de los resultados.

Éstas han sido tan sólo breves pinceladas sobre un polémico, diverso e inagotable fenómeno como es la participación estudiantil en la UH. Articulando las respuestas e impresiones de nuestros entrevistados hemos intentado trazar apenas un esbozo de un complejo y desafiante

³² Fernando De la Riva en Pérez, 2004: 25-26

³³ Ídem

³⁴ Artículo 13, *op. cit.*.

óleo sociopolítico, encrucijada ecléctica donde confluyen al unísono nociones tan peliagudas como la cultura, las motivaciones y los niveles de la participación.

Bibliografía

1. ACANDA, Jorge Luis. *Sociedad civil y hegemonía*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello (CIDCCJM), 2002.
2. ARENAS Batista, Patricia. “Mapa para comprender la participación” en Pérez García, Arnaldo J. (comp). *Participación social en Cuba*. La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), 2004: 17-48.
3. BALARDINI, Sergio (comp). *La Participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: CLACSO, 2000.
4. CHAGUACEDA, Armando. “Autonomía estudiantil” en *Alma Mater*. 460, febrero, 2008: 2.
5. _____. “Nada cubano me es ajeno: notas sobre la condición ciudadana”, en *Temas*. 50 y 51, abril-septiembre, 2007: 118-125.
6. COHEN, Jean L. y Andrew Arato. *Sociedad civil y teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
7. “CRISTÓBAL, Desirée y María I. Domínguez. “La participación social desde la perspectiva de la juventud cubana” en Linares, Cecilia; Pedro E. Moras y Yisel Rivero, (comp_s). *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*. La Habana: CIDCCJM, 2004: 159-172.
8. D’ANGELO Hernández, Ovidio S. Autonomía integradora en la construcción ética de la ciudadanía. 4to. Encuentro Internacional de Educación y Pensamiento. Rep. Dominicana, marzo-2003. Consultado en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales06/fscommand/55D11.pdf>.
9. DILLA Alfonso, Haroldo. *La participación en Cuba y los retos del futuro*. La Habana: Centro de Estudios sobre América (CEA), 1996a.
10. _____. “Pensando la alternativa desde la participación” en *Temas*. 8, 1996b: 102-109.

11. _____ , Gerardo González y Ana T. Vicentelli. *Participación popular y desarrollo en los municipios cubanos*, La Habana: CEA, 1993.
12. DOMÍNGUEZ, María Isabel y Desirée Cristóbal Allende. “La participación social desde la perspectiva de la juventud cubana” en Linares, Cecilia; Pedro E. Moras y Yisel Rivero, (comp_s). *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*. La Habana: CIDCCJM, 2004: 159-172.
13. _____ y Sheryl L. Lutjens. “La Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM) y la participación estudiantil en Cuba” en Pérez García, Arnaldo J. (comp). *Participación social en Cuba*. Ciudad de La Habana, CIPS, 2004: 231-256.
14. EQUIPO CLAVES. *Gestión participativa de las asociaciones* (3^a. ed). Madrid: Editorial Popular, 1994.
15. GÁLVEZ Borrel, Víctor. “Estado, participación popular y democratización” en Gálvez Borrel, Víctor; René Poitevin y Carlos Enrique González. *Estado, participación popular y democratización*. Guatemala: FLACSO, 1994.
16. GONZÁLEZ Mastrapa, Erel y Jordi de Cambra Bassol. “Desarrollo humano, cultura, participación. Notas para un debate” en Linares, Cecilia; Pedro E. Moras y Yisel Rivero, (comp_s). *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*. La Habana: CIDCCJM, 2004: 51-70.
17. HERNÁNDEZ Rodríguez, Rafael. “La sociedad civil y sus alrededores” en La Gaceta de Cuba, enero-febrero, 1994: 28-31.
18. LINARES Fleites, Cecilia; Pedro E. Moras y Yisel Rivero, (comp_s) *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*. La Habana: CIDCCJM, 2004.
19. _____; Sonia Correa y Pedro E. Moras (comp_s). *La participación: ¿solución o problema?* La Habana: CIDCCJM, 1996.
20. LÓPEZ Viera, Luis (Comp). *Comunicación Social. Selección de Textos*. La Habana: Editorial Félix Varela, 2003.
21. NÁPOLES Rodríguez, Elena. *Participación y poder local en Cuba: un estudio de caso*. Tesis de Maestría no publicada, tutora: Rayza Portal Moreno. Universidad de la Habana, Facultad de Comunicación, Cuba, 2007.

22. PARDO Martínez, Orlando. “Democracia y gobierno en la Universidad” en *Reflexión Política*. Colombia: Universidad Autónoma de Bucaramanga. 10, junio, 2003: 128-135.
23. PÉREZ García, Arnaldo J. (comp). Participación social en Cuba. Ciudad de La Habana, CIPS, 2004.
24. REBELLATO, José Luis. *La participación como territorio de contradicciones éticas* en López (comp). *Comunicación Social. Selección de Textos*. La Habana: Editorial Félix Varela, 2003: 156-177.
25. ROJAS Bolaños, Manuel. *Elecciones y democracia en Centroamérica*. San José: 2006. Consultado en <http://unpan1.un.org/intradoc/groups/public/documents/icap/unpan028772.pdf> en 2008.
26. TORRES Cuevas, Eduardo; Ramón de Armas y Ana Cairo Ballester. *Historia de la Universidad de La Habana. 1728-1978*. Tomos I y II. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1984.
27. TOURAINE, Alain. *¿Qué es la democracia?* México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
28. VALDÉS Paz, Juan. “Notas sobre la participación política en Cuba” en Pérez García, Arnaldo J. (comp). *Participación social en Cuba*. La Habana: CIPS, 2004: 49-72.
29. VENEGAS, Claudio. “Participación y poder de base: ejes de la democratización universitaria y de la construcción de movimiento estudiantil” en *Surda*. 11, diciembre, 1996: 10-12.
30. VICENTE, Mercedes. “La participación sociopolítica: clave del protagonismo juvenil” en C/A. *Cuba: jóvenes en los 90*. La Habana:, Casa Editora Abril, 1999: 297-310.